

Hermanidad femenina en el exilio: escritura terapéutica en cartas inéditas de Zenobia Camprubí

Women's sorority in exile: therapeutic writing in Zenobia Camprubí's unpublished letters

IKER GONZÁLEZ-ALLENDE

Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas
Universidad de Nebraska-Lincoln
1111 Oldfather Hall, 660 N 12th Street, Lincoln,
NE 68588-0315, EE.UU.
igonalezallende2@unl.edu

RECIBIDO: 17 DE NOVIEMBRE DE 2013
ACEPTACIÓN DEFINITIVA: 21 DE ENERO DE 2014

Resumen: Este artículo analiza las cartas inéditas que desde 1938 hasta 1954 Zenobia Camprubí le envió desde Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico a la intelectual Pilar de Zubiaurre en México. El principal argumento es que, a diferencia de lo apuntado por numerosos críticos, Camprubí experimentó un exilio doloroso y nostálgico y utilizó su correspondencia epistolar para contrarrestarlo. Las cartas realizaron tres funciones principales para Camprubí: informativa, auxiliadora y terapéutica. Así, Camprubí y Zubiaurre se comunicaban las vicisitudes de sus numerosos amigos mutuos y las noticias que recibían de España. Además, las cartas le sirvieron a Camprubí para ofrecer ayuda, por ejemplo, a los niños evacuados durante la guerra y a sus amigos exiliados invitándoles a conferencias. Las funciones informativa y auxiliadora tuvieron al mismo tiempo un efecto terapéutico para Camprubí. La función terapéutica también se aprecia en el consuelo recibido en los momentos difíciles y en las referencias a la importancia de su amistad por encima de otras. En definitiva, las cartas revelan el significativo y silencioso papel que las mujeres realizaron durante el exilio republicano.

Palabras clave: Zenobia Camprubí. Pilar de Zubiaurre. Cartas. Exilio. Conexiones transatlánticas

Abstract: This article analyzes the unpublished letters that from 1938 to 1954 Zenobia Camprubí sent from USA, Cuba, and Puerto Rico to intellectual Pilar de Zubiaurre in Mexico. The main argument is that, unlike many critics have pointed out, Camprubí experienced a suffering and nostalgic exile and used her epistolary correspondence to counteract it. Camprubí's letters served three main functions during her life in exile: informative, auxiliary and therapeutic. Thus, Camprubí and Zubiaurre conveyed to each other the situation of numerous mutual friends and the news they received from Spain. Furthermore, letters allowed Camprubí to offer help, for instance, to the refugee children during the war and to her exiled friends, inviting them to speak at conferences. The informative and auxiliary functions had, at the same time, a therapeutic effect for Camprubí. The therapeutic function also appears in the comfort found in the difficult moments and in the references to the importance of their friendship over others. In conclusion, her letters show the significant and silent role women played during the Republican exile.

Keywords: Zenobia Camprubí. Pilar de Zubiaurre. Letters. Exile. Transatlantic connections.

Las cartas que Zenobia Camprubí le envió a Pilar de Zubiaurre desde octubre de 1938 hasta mayo de 1954 revelan una larga amistad que surgió en el Madrid de los años diez y se mantuvo en el exilio de ambas. Tras la Guerra Civil, Camprubí le escribe a Zubiaurre desde Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico, mientras que Zubiaurre le contesta desde México, donde vivió los últimos treinta años de su vida.¹ Ambas mujeres se conocieron cuando se hallaban solteras, como lo atestigua una carta que Carmen Monné –pintora y organizadora del grupo teatral “El Mirlo Blanco” junto a su marido, el pintor Ricardo Baroja– le mandó a Zubiaurre en 1914, en la que señala la amistad de ésta con Camprubí.² Ese mismo año, el músico Manuel Martí Alonso le escribe a Zubiaurre indicándole que ha recibido su misiva y la de “su amiga Zenobia”. La amistad entre ambas mujeres se consolidó posteriormente, como se aprecia en una carta que le manda Camprubí a Zubiaurre el 6 de octubre de 1921, en la que le informa sobre Archer Huntington, el fundador en Nueva York de la Hispanic Society of America en 1904, con miras a que Zubiaurre le contacte para organizar una exposición de pintura de sus dos hermanos, Valentín y Ramón de Zubiaurre, de cuya carrera ella se ocupaba.³

De la correspondencia que Camprubí mantuvo con Zubiaurre durante su exilio, se han conservado quince cartas inéditas en el Archivo del Museo de Bellas Artes de Bilbao. Estas cartas resultan relevantes porque muestran el importante papel que las mujeres realizaron durante el exilio como transmisoras de información y mantenedoras de la cultura nacional en las comunidades de desterrados republicanos. En este artículo voy a analizar la experiencia del exilio de Camprubí para proponer que padeció un hondo sufrimiento alejada de España, no tanto por la separación física del país como por la distancia que la apartaba de sus amistades españolas, muchas de las cuales se hallaban también en el exilio. La crítica ha minimizado la experiencia del exilio de Camprubí debido a sus raíces estadounidenses, su concepción práctica de la vida y su capacidad de adaptación, mientras que ha tendido a subrayar el sufrimiento y la nostalgia de su esposo, el poeta Juan Ramón Jiménez. En este sentido, se ha obviado la pérdida social y emocional que supuso para Camprubí abandonar España y pasar en el exilio los últimos veinte años de su vida. Camprubí utilizó precisamente la correspondencia epistolar para contrarrestar el desarraigo causado por su exilio.

Partiendo del análisis de las cartas que Camprubí envió a Zubiaurre, propongo que la comunicación epistolar realizó en su caso tres funciones principales: informativa, auxiliadora y terapéutica. Así, ambas intelectuales

se comunicaban las vicisitudes de sus numerosos amigos mutuos y las noticias que recibían de España, manteniéndose informadas y trazando un puente virtual de sororidad de carácter transnacional. Además, las cartas le sirvieron a Camprubí para ofrecer ayuda, por ejemplo a los niños evacuados durante la guerra, a sus amigos exiliados invitándolos a conferencias y a sus amistades en España mandándoles alimentos. Al mismo tiempo, Camprubí solicita numerosos favores a Zubiaurre, como el envío de materiales y la comunicación de recados a amigas comunes. Estas dos funciones, la informativa y la auxiliadora, tenían al mismo tiempo un efecto terapéutico para Camprubí, ya que el saber noticias de seres queridos y el poder ayudar a otros exiliados suponía, sin duda, un beneficio para su estado de ánimo. Las cartas también tuvieron una labor terapéutica a través del consuelo en los momentos difíciles. La función curativa de las cartas se aprecia en su oralidad, en las referencias a la importancia de su amistad por encima de otras y en los mecanismos que utiliza la autora para conferir intimidad y cercanía en su relación, como las alusiones al momento de la escritura o a la recepción de las cartas de Zubiaurre. Sin embargo, las numerosas menciones de Camprubí a su deseo de visitar a su amiga en México y la imposibilidad de su reencuentro en persona revelan las limitaciones de la correspondencia epistolar y cómo ésta no fue capaz de eliminar completamente los males de su exilio.

Camprubí y Zubiaurre compartieron numerosas similitudes en sus vidas. Ambas mujeres destacaban por sus habilidades sociales y entablaron amistad con los intelectuales y artistas españoles más relevantes de su época. Además, participaron activamente en el Lyceum Club Femenino, la primera asociación cultural de mujeres en España, creada en 1926 y presidida por María de Maeztu. En el Lyceum, Camprubí ejerció de secretaria, mientras que Zubiaurre dirigió la sección de literatura.⁴ Otra semejanza entre las dos es que estaban casadas con importantes miembros de la cultura española, el poeta Juan Ramón Jiménez y el crítico de arte Juan de la Encina. Ambas mujeres colaboraron significativamente en el avance profesional de sus familiares –la obra de Juan Ramón y la pintura de los hermanos Zubiaurre, respectivamente– y, en cambio, ellas mismas no llegaron a desarrollar una carrera artística o literaria. A pesar de ello, Camprubí escribió algunos artículos, realizó diversas traducciones y mantuvo varios diarios, publicados póstumamente.⁵ Zubiaurre también escribió diarios, mayormente en su juventud, y publicó bajo pseudónimo algunos ensayos y relatos en el periódico nacionalista vasco *Bizkaitarra* en 1909 y en la revista *Euzko Deya: la voz de los vascos en México* entre 1944 y 1958.

Además de apoyar la carrera de sus familiares, ambas intelectuales se dedicaron mayormente a proyectos culturales y sociales, muchas veces en relación con los niños. Por ejemplo, durante la Guerra Civil Camprubí y Jiménez acogieron en Madrid, a través de la Junta de Protección de Menores, a doce niños abandonados. Posteriormente, cuando los niños fueron evacuados a Barcelona y Francia, el matrimonio, ya en el exilio, continuó en contacto con ellos, mandando dinero para que se les atendiera adecuadamente. Por su parte, Zubiaurre se encargó al comienzo de la guerra de la dirección de un orfanato de niñas y en México también se ocupó de apoyar la educación de los niños desfavorecidos. Junto a su preocupación por los más débiles, Camprubí y Zubiaurre compartían otras características que Melián señala como típicas de las mujeres noventayochistas: el amor precoz al estudio y la cultura, la tendencia a testimonios autobiográficos, su interés por lo popular y la tradición intrahistórica y la “convicción profunda del valor de la amistad como pivote privilegiado sobre el cual girarían sus iniciativas” (28-30).⁶

La buena relación entre Camprubí y Zubiaurre queda confirmada por su encuentro en Nueva York en 1938, cuando Zubiaurre y su familia iban rumbo a México de camino al exilio. Camprubí y Jiménez se hallaban en Estados Unidos tras su salida de España el 22 de agosto de 1936, una salida que se debió al nombramiento de Jiménez como agregado cultural en Washington, pero que, como recoge Ernestina de Champourcin, provocó críticas de algunos republicanos (66).⁷ En Nueva York, Camprubí, Zubiaurre y sus respectivas familias se reunieron dos o tres veces, visitando juntas, entre otros lugares, la Hispanic Society of America, la Universidad de Columbia y el Metropolitan. En su diario, Camprubí menciona brevemente estos encuentros con la familia de Zubiaurre (2006a I, 282) y en la entrada del 13 de octubre de 1938 recoge cómo ésta tuvo la ocasión de reunirse con sus amigas: “Corrí a lustrar los zapatos y volverme a peinar antes de volar a casa de Mrs. Edgerton Parsons, adonde Pilar y Susan se me habían adelantado” (2006a I, 283).⁸ Tras su estancia de ocho días en Nueva York, Zubiaurre y su familia partieron a México y comenzó entonces una larga correspondencia epistolar entre ambas amigas, informándose de sus vidas y de las de sus seres queridos.

Camprubí y Zubiaurre confirieron gran importancia a las amistades y relaciones sociales, cultivándolas en el exilio por medio de abundantes y largas correspondencias epistolares. Hasta el momento se han publicado tres volúmenes de cartas escritas por Camprubí: uno a Juan Ramón Jiménez durante su noviazgo y dos durante su exilio, dirigidos respectivamente a Graciela Pa-

lau de Nemes –estudiante y posteriormente amiga del matrimonio Jiménez y editora de los diarios de Camprubí– y a Juan Guerrero Ruiz –literato y editor que permaneció en España tras la guerra, salvó numerosos manuscritos de Juan Ramón Jiménez y era el principal contacto del matrimonio con la cultura en España.⁹ Como señala Mañá Delgado, Camprubí se ocupaba de la mayor parte de la correspondencia epistolar del matrimonio, manteniendo una amplia red de relaciones de familiares y amigos (Mañá y otros 156).¹⁰

Las cartas de mujeres como Camprubí y Zubiaurre apenas han recibido atención crítica porque, como indica Jolly, se han solido asociar con la esfera privada y doméstica (82). Earle explica que desde el siglo XVI los críticos masculinos han señalado que el estilo improvisado, la variedad de temas, la inmediatez y la fragmentación de las cartas se adecuan especialmente a lo que han denominado la expresividad “espontánea” de la mujer (6). También se ha justificado el hecho de que las mujeres escriban cartas por su tendencia a favorecer las relaciones personales. Sin embargo, esta tesis ha sido tildada como biológicamente esencialista y críticas como Stanton justifican la presencia de la vida privada y los familiares en los textos autobiográficos escritos por mujeres como consecuencia de la educación recibida y las prácticas culturales, las cuales invitan a la mujer a ocuparse y cuidar de los demás (12). En cualquier caso, las cartas escritas por mujeres raramente se han apreciado y, en opinión de Kenyon, no se han considerado como escritura “real” o literaria (XIII). Pagés-Rangel explica la exclusión de las cartas del ámbito literario en base a su valoración como “un texto suplementario, dependiente o defectuoso, incompatible con la dignidad de los valores estéticos de los géneros literarios mayores” (11).

Sin embargo, las misivas que Camprubí le mandó a Zubiaurre desde 1938 hasta 1954 resultan relevantes para un mejor entendimiento de la vida de los exiliados republicanos. Es cierto que las cartas revelan aspectos conocidos sobre la personalidad de Jiménez, como sus hipocondrías, su actitud egoísta o su rechazo a volver a España, y asimismo ofrecen datos sobre Camprubí ya presentes en sus diarios y otros epistolarios: su preocupación por el dinero, las casas donde residieron, los cursos que estudiaba en la universidad, los viajes que realizaban en coche, las clases que enseñaba en la Universidad de Puerto Rico, la ayuda que prodigaba a su marido y finalmente el cáncer que padeció. Ahora bien, las cartas a Zubiaurre se diferencian de los epistolarios de Camprubí anteriormente publicados en que en ellas la autora no hace apenas referencias a la obra de su esposo; presentan, por tanto, un carácter más íntimo en el que sobresale la información de sus amigas comunes y la

comprensión mutua. En cambio, en el epistolario a Palau de Nemes domina la figura del esposo poeta y la tesis doctoral que Palau escribió sobre él, así como su nominación para el Nobel y algunos aspectos domésticos como el traslado de objetos de la casa de Riverdale a Puerto Rico. De manera similar, las cartas a Guerrero Ruiz, en opinión de Cortés Ibáñez, giran en torno al bienestar físico y mental de Jiménez, así como su producción literaria (2008, 91). Además, como indica esta investigadora, en ellas Camprubí “no escribe sólo por ella sino que escribe por los dos, en nombre de los dos: de ella y de Juan Ramón” (2008, 91).

Camprubí le escribió a Zubiaurre desde sus diferentes residencias en el exilio –Nueva York, La Habana, Coral Gables, Washington, Hato Rey–, lo que demuestra la importancia de su amistad y el mantenimiento continuado de su comunicación [Fig. 1]. Sin embargo, sorprendentemente, en los dos últimos volúmenes de su diario –desde 1939 hasta 1956, el año de su fallecimiento– Camprubí no menciona a Zubiaurre en ninguna de las entradas. Esta ausencia resulta significativa y puede interpretarse de diversas maneras. En mi opinión, no se debe a que Zubiaurre no fuera relevante en su vida, sino a la finalidad de sus diarios, que recogen sus actividades cotidianas y las personas que ve durante el día. En ellos, a veces también alude a amigos a los que escribe cartas, pero es posible que al mantener tanta correspondencia con distintos destinatarios, sólo nombre a aquellos realmente esenciales en su vida. En cartas a Juan Guerrero Ruiz y a Champourcin, en cambio, sí hay breves referencias a Zubiaurre.¹¹

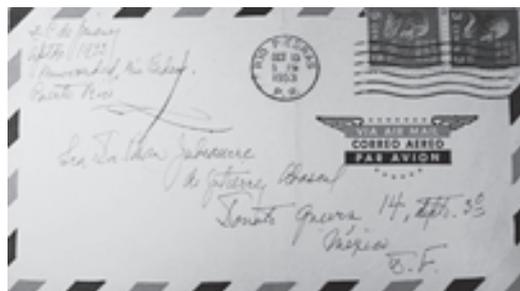


Fig. 1. Sobre de una carta de Camprubí a Zubiaurre, enviada desde Puerto Rico a México el 13 de octubre de 1953.

Archivo del Museo de Bellas Artes de Bilbao

Las cartas a Zubiaurre revelan la necesidad que Camprubí sentía de permanecer ligada a España y sus gentes. Sin embargo, la crítica ha solido minimizar su experiencia del exilio. Así, Caballé apunta que “Zenobia no da muestras de sentir ninguna nostalgia de un país que tampoco era el suyo [...], mientras que el poeta [...] siente una nostalgia enorme, infinita, de su tierra y de su gente” (64). El propio Jiménez apoyaba esta idea, como recoge Camprubí en sus diarios:

Me dijo que un español sólo podía pensar con alegría en volver a España y que yo, claro, sólo amaba a España como un botánico, o algo así. Pensándolo bien, es verdad que quiero a España y al campesino español, pero no a muchos otros españoles. El hecho es que siento rencor respecto a la mayoría de mis paisanos que han recibido mucho de mí sin devolverme gran cosa. (2006a II, 69)

En este extracto, la autora reconoce su odio a ciertos españoles, pero al mismo tiempo, deja claro su amor por España y su identidad como española –“mis paisanos”–. Aunque en el exilio Jiménez dio más muestras de añorar España, por ejemplo, a través de su rechazo a hablar inglés, Camprubí también padeció el desarraigo del exilio a pesar de que en su vida cotidiana no lo revelara, seguramente, como apunta Champourcin, porque las mujeres tienen “la consciencia muy viva de las consecuencias que puede tener nuestro hundimiento” (133).¹² La nostalgia de Camprubí por España se aprecia en una carta a Zubiaurre escrita el 1 de enero de 1946, en la que comenta que ella y su marido decidieron no acudir a una fiesta y recibir solos el año nuevo mirando un libro con fotos de pueblos españoles. Así cierra dicha carta: “¡Cuántas cosas se nos quedaron por ver! ¡Y qué ansia de volar por esas carreteras hacia ella!”. Por otro lado, su interés por la historia de España, su constante petición a Guerrero Ruiz de fotos y libros de castillos y monasterios españoles, revela asimismo la añoranza de su país en el exilio.

Otra manifestación de la nostalgia de Camprubí es su continua preocupación por la situación de España y de sus gentes. Como Saiz Viadero indica, “España está constantemente presente en su pensamiento” (323). Esto se expresa en las cartas a Zubiaurre, las cuales conforman un mosaico de información sobre los exiliados republicanos, adquiriendo incluso un carácter polifónico, puesto que los exiliados se transmitían las noticias unos a otros, leían las cartas en grupo o se las pasaban entre ellos. Camprubí confirma esta idea así: “Desde Cuba escribiré a

Teresa. Me figuro os veis con frecuencia y me parece estar escribiendo una carta colectiva” (25 noviembre 1938). De hecho, la delimitación entre lo privado y lo público se rompe a menudo en el género epistolar. Guillén comenta al respecto que es posible que una carta que se escribe para un “tú” pueda ser releída por otras personas “o por otros públicos en diferentes momentos históricos” (90). En algunos casos la diversidad de voces aparece de manera explícita en el texto, por ejemplo cuando Jiménez añade al final de las cartas de su esposa saludos como los siguientes: “Los más cariñosos recuerdos para todos” (31 enero 1942); “Con mucho cariño para todos” (1 enero 1946).¹³ Otras veces, Camprubí incluye frases extraídas de otras cartas o de conversaciones que mantuvo con amigas: “¿Conocías a la famosa Miss Gould? Olga me dice que está allí, como siempre atareada, de Simancas a Sevilla, y así será. ‘Está triste y abatida... muy desmejorada’. Yo no la vi cuando estuvo en América” (1 abril 1941).

La función informativa de la correspondencia epistolar se revela cuando en numerosas cartas Camprubí le pregunta a Zubiaurre sobre las vicisitudes de personas concretas, mayormente amigas comunes que viven en México. La autora muestra, por tanto, un claro deseo de permanecer informada de sus vidas y de mantener viva su relación con los otros exiliados: “Escribe pronto con más noticias de todos” (6 abril 1944); “Cuéntame cosas de ti, de tu marido, de tu hijo, de Ernestina, de Teresa Canedo y los suyos, de Manuela y Alfonso [Reyes], y de tantos y tantos amigos que no me caben ya en esta hoja” (11 octubre 1953). También se mandan las direcciones de amigas mutuas para poder establecer correspondencias epistolares con ellas: “No sabes la gracia que me hizo me mandarás las señas de María Luisa Urgoiti de Angulo, porque el día antes había recibido una postal de Mary Sweeney enviándome las mismas” (2 julio, sin año). A Camprubí le gusta que Zubiaurre la mantenga informada sobre la comunidad de exiliados en México: “Hasta aquí los periódicos traen, un día sí y otro no, noticias de las disidencias entre refugiados españoles. Así que tu carta dándome noticias de las cosas constructivas que se hacían me ha dado gran satisfacción” (28 enero 1940). Incluso le agradece por su labor informativa: “Gracias por todas las noticias que me das de amigos y conocidos de México” (1 mayo 1954). Sin duda alguna, el conocer la situación de sus seres queridos le confirió a Camprubí una sensación de continuidad que le serviría para contrarrestar el desarraigo causado por el exilio.

Por su parte, Camprubí también le ofrece a Zubiaurre datos sobre los exiliados que ve en Nueva York, mayormente sobre su situación laboral:

De los afortunados, porque tenían empleos, eran Santullano y Paquito García Lorca, en Columbia como Navarro Tomás; Isabelita G. Lorca, que daba clase en un instituto en New Jersey; Fernando de los Ríos, de Catedrático en el Instituto de Cooperación Intelectual; Laurita, en Wellesley; Pilar Madariaga, no me acuerdo dónde; Sofía Novoa, con clases particulares. Navarro tenía la mala suerte de no poder tener consigo a su mujer. (11 diciembre 1940)

Asimismo, le relata visitas de intelectuales mexicanos como Alfonso Reyes y le informa de amigas estadounidenses como la pedagoga Susana Huntington. En otras ocasiones, Camprubí le da noticias de familiares y amigos que permanecen en Europa e incluso se ofrece a ayudar a Zubiaurre a recabar datos sobre sus familiares en España: “¿Tienes noticias directas de Valentín y de tu madre? Si no, te las puedo conseguir por Elisa [Ramonet]” (11 diciembre 1940).

Además de intercambiarse información sobre amigos comunes, la correspondencia epistolar realizaba una función auxiliadora al posibilitar a ambas mujeres pedirse favores de diversa índole. Durante su exilio, Camprubí tendió a pedir ayuda por carta, como se aprecia en los epistolarios a Guerrero Ruiz y Palau de Nemes, llenos de solicitudes tales como el envío de materiales y la venta de objetos.¹⁴ En las cartas a Zubiaurre, Camprubí le da recados para sus amigas en México, por ejemplo que le diga a Champourcin que respondió su carta: “Pero no quiero hacerlo sin pedirte que le digas a Ernestina que yo le contesté a vuelta de correo (como a ti)” (31 enero 1942), o que le recuerde al doctor Lafora que les contacte si va a Estados Unidos: “Si pasa por aquí Lafora, que no deje de avisarnos para irle a buscar y enseñarle algo de esto” (24 mayo 1940). También le pide a Zubiaurre que transmita sus saludos a los exiliados en México y que interceda por ella en asuntos relacionados con amigas, por ejemplo el no recibo de la revista *Rueca*, cofundada por Champourcin.

En otras ocasiones, los favores implican el envío de materiales por correo. Así, en una carta le pide a Zubiaurre que remita libros y revistas a España: “Esto es para pedirte un gran favor y es que me mandes a Juan Guerrero Ruiz, Plaza Gabriel Miró 5, el último libro de Alfonso Reyes y todas las revistas interesantes mejicanas que hablen de la llegada de nuestro grupo” (25 noviembre 1938). Este hecho prueba la importante labor de conexión y puente transatlántico que mujeres como Camprubí realizaban entre las comunidades de exiliados y España. En otra carta Camprubí solicita a Zubiaurre que use

sus contactos para enviar libros escritos en español a las colonias de los niños exiliados: “Estos niños carecen de libros españoles. Les voy a mandar algunos tomos, pero son 1.300. ¿Crees que les mandarían algunos de México? [...] Que no les manden nada político ni tendencioso” (24 mayo 1940). Anteriormente, durante la Guerra Civil, Camprubí mandó varias cartas a Zubiaurre relatando sus esfuerzos por conseguir recaudaciones en Estados Unidos para auxiliar a los niños republicanos.¹⁵

A su vez, Camprubí ofrece ayuda para mejorar la situación de la comunidad de exiliados, más allá de simplemente permanecer informada de sus vicisitudes. Como apunta Palau de Nemes, “en su vida le importaba sobremedida ser útil a sí y a los demás” (1981, 45). Sus cartas atestiguan el importante papel que las mujeres realizaron en el exilio para apoyar la causa republicana y ayudar de manera práctica a los exiliados. Por ejemplo, aunque no siempre con resultados satisfactorios, Camprubí trabaja para conseguir permisos de entrada en América a exiliados que se hallan en Europa:

De Francia y de Inglaterra recibo S.O.S. con cierta frecuencia y procuro ayudarles como puedo, pero me temo que los arreglos no son muy satisfactorios por las complicaciones de país a país. [...] De los de Francia, a quienes creí haber resuelto satisfactoriamente su asunto, no he tenido ni respuesta, así que me temo los hayan metido en un tren diciéndoles que iban a la frontera y se hayan visto más allá de ella. (11 diciembre 1940)

Asimismo, envía alimentos a los seres queridos que permanecen en España: “Yo me dedico a mandar azúcar y harina a todos los amigos hasta donde me alcanzan los peniques” (1 abril 1941).

Pero donde más enfocó su ayuda, de acuerdo a su correspondencia, fue en ofrecer a los intelectuales exiliados la posibilidad de dar conferencias en universidades de Cuba y de Florida. A comienzo del exilio le escribe a Zubiaurre para invitar a Juan de la Encina a dar una ponencia: “¿Qué os parecería una visita a La Habana para Navidad si la Institución Hispano Cubana invitara a tu marido a dar unas conferencias? Pagan 100 dólares por conferencia y creo que unos 150 de gastos de viaje” (29 octubre 1938). Dos años más tarde le pide a Zubiaurre nombres de exiliados republicanos que sepan inglés para invitarles a Miami: “Me gustaría me dijeras qué amigos de los de por allí hablan inglés lo bastante bien para dar conferencias y tienen bastante sustancia gris para decir algo, sea cual fuere el medio” (24 mayo 1940). Ade-

más de para ayudarles económica y profesionalmente, el objetivo secundario de Camprubí con estas invitaciones era volver a disfrutar de la compañía de los paisanos que se hallaban lejos: “Mis proyectos de conferencias, que son sólo auxiliares de los de J. R., son en parte egoístas, para darnos el gustazo de ver a algunos de los amigos” (24 mayo 1940). También se esfuerza por lograr trabajos de traducciones para los exiliados republicanos: “Estoy apenada de que Editor’s Press no haya enviado traducciones al grupo español de México” (6 abril 1944).¹⁶

Junto con la función informativa y la finalidad de auxiliar a la comunidad de exiliados, la correspondencia epistolar que Camprubí mantenía con Zubiaurre tuvo sin duda un componente terapéutico y de consuelo. En este aspecto las cartas se asemejan a los diarios. Así, Palau de Nemes considera que el diario fue para Camprubí “su isla espiritual” (1992, 148), mientras que Corrado se refiere a su diario como un refugio donde renacer y un sustituto de la madre ausente (540). En referencia a las cartas que Camprubí envió a Guerrero Ruiz, Cortés Ibáñez también apunta que le sirvieron de desahogo y de “alivio para su espíritu” (2006, XXX). En una carta a Palau de Nemes fechada el 18 de noviembre de 1954, Camprubí reconoce precisamente este efecto al escribir: “Cuando empecé esta carta estaba tan cansada y deprimida yo misma que no veía más que negro pero, a medida que le he ido escribiendo, me he ido fortaleciendo un poco el espíritu” (Camprubí/Palau de Nemes 122).

La comunicación epistolar con Zubiaurre también le resultó terapéutica a Camprubí porque pudo sentir que no lo había perdido todo al abandonar España, que seguía en contacto con su tierra y que las personas importantes en su vida continuaban estando presentes en la distancia. En el caso del exiliado se aplica lo que Gerber señala en referencia a los emigrantes: frente a la ruptura que implica vivir en un país extranjero, las correspondencias epistolares con personas con las que se comparten recuerdos y vivencias pasadas posibilitan la continuidad de la identidad personal (3). Las cartas también pueden hacerle olvidar momentáneamente al exiliado los pesares y las dificultades que está experimentando en el país de acogida; es decir, pueden actuar como una vía de escape de una realidad no placentera (Bou 39).

El aspecto oral que encierran muchas de las cartas de Camprubí posibilitaría una confortante sensación de cercanía y de entendimiento mutuo con su amiga Zubiaurre. Precisamente, la alternancia de los papeles de emisor y receptor en las correspondencias epistolares ha hecho que desde la antigüedad se relacione la carta con el diálogo. Para Stanley las cartas son dialógicas (202);

Violi las define como un diálogo diferido (89); mientras que Altman considera que constituyen un diálogo compuesto de monólogos (135). Camprubí apoya esta concepción epistolar al referirse en diversas ocasiones a la escritura de sus cartas como una charla: “Mi labor ahora es charlar en carta contigo” (24 mayo 1940); “He charlado por los codos y ojalá fuera de verdad” (28 junio 1942). En este último caso también expresa sus deseos de poder hablar en persona con Zubiaurre, reconociendo la limitación de la palabra escrita.¹⁷

Además de la oralidad, las muestras de afecto en las cartas sirven para estrechar los lazos de amistad con el corresponsal y mejorar la autoestima del exiliado. Como expresa Gerber respecto a los emigrantes, los exiliados escriben cartas no sólo para transmitir información, sino para expresar emociones y generar emociones en sus destinatarios (52). En este sentido, la carta no es simplemente el medio por el que se mantiene la relación con el país natal, sino la relación misma (Gerber 92). En el caso de Camprubí, sus cartas a Zubiaurre incluyen diversas expresiones de cariño que buscan subrayar la importancia de su relación. Así, indica que su amistad tiene preferencia sobre otras cuando le escribe: “La primera carta del año ha de ser para ti” (1 enero 1946) [Fig. 2]. También indica que se acuerda de ella en festividades especiales: “Por fin este año, que no sólo quiero, sino puedo, decido dedicar la víspera del día de la Raza, tan pomposamente celebrado aquí, a ti, que sin duda crees te tengo olvidada” (11 octubre 1953). En otras ocasiones apunta que piensa en ella

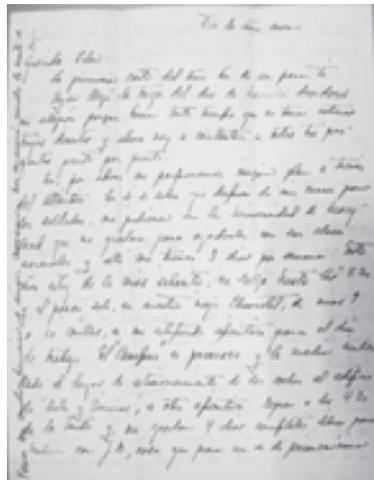


Fig. 2. Primera hoja de una carta de Camprubí a Zubiaurre escrita el 1 de enero de 1946. Archivo del Museo de Bellas Artes de Bilbao

aunque no le escriba: “Tè he escrito cincuenta mil veces con el pensamiento, pero esta vez va de veras para que veas que me acuerdo de ti en las Pascuas” (11 diciembre 1940). Incluso expresa que habla con ella a pesar de la distancia física: “Más siento no poder entrar a charlar contigo de veras, ya que lo hago muchas veces por telegrafía sin hilos” (27 diciembre, sin año).

Otro mecanismo que Camprubí utiliza para estrechar su amistad con Zubiaurre y lograr una mayor cercanía con ella –adquiriendo así una mayor validez personal– es la alusión al momento de la escritura de las cartas o de la recepción de las enviadas por Zubiaurre. Diversos investigadores han señalado que la presencia del remitente de las cartas se materializa por medio de las referencias temporales y espaciales en el texto. Esther Milne considera que las menciones al “aquí” y al “ahora” de la escritura pueden transmitir una sensación de intimidad y presencia que ayude a los corresponsales a colapsar el tiempo y la distancia que les separa (14-15). Este tipo de referencias se encuentra sobre todo en las correspondencias mantenidas durante largo tiempo y en las que existe una gran confianza. Por ejemplo, Camprubí menciona los momentos en que se ve obligada a dejar de escribir la carta: “Nueva interrupción y ahora te escribo anocheciendo, después de dar un paseo muy largo por los pinares por una ‘carretera nueva’” (1 abril 1941).¹⁸ Sus alusiones a las actividades que va a realizar a continuación también generan inmediatez e intimidad: “Voy a bañarme, vestirme, preparar la cena y comer temprano porque esta noche la charla de J. R. no es hasta las 8, así que comemos antes” (28 junio 1942).

La alegría que expresa Camprubí cuando recibe cartas de Zubiaurre revela la función terapéutica de la correspondencia epistolar: “En cuanto veo tus letras en un sobre y bajo los sellos mexicanos me da un saltito, lleno de recuerdos, el corazón” (6 abril 1944). Al mostrar su júbilo, Camprubí refuerza los lazos de su amistad: “Ayer llegó la tuya del día de Navidad, dándome un alegrón porque hacía tanto tiempo que no tenía noticias tuyas directas” (1 enero 1946). En otras ocasiones, la manifestación de felicidad va acompañada de un leve reproche por la tardanza de la carta de Zubiaurre: “En este mismo momento me llega la tuya del 25 del pasado, dándome una gran alegría, pues ya desesperaba de que me contestaras” (20 agosto 1937). Los retrasos en la correspondencia epistolar pueden generar ligeros malentendidos en la relación, pero se terminan subsanando: “No comprendía lo que me ocurría contigo. Espero te llegue ésta, pues por lo menos la última de mis cartas iba bien dirigida, puesto que me quejé de tu silencio a Teresa Canedo y ella me envió tus señas de ahora” (1 abril 1941).

Las protestas por la demora en el recibo de cartas se debe al pacto epistolar que establecen los correspondientes, el cual implica que el lector de la carta responda a su vez escribiendo otra en un plazo de tiempo oportuno. De hecho, en opinión de Jolly, la carta es un regalo que exige siempre otra carta a cambio (13). Debido a la existencia del pacto epistolar, los autores de cartas pueden llegar a apelar explícitamente al lector a que le conteste, como hace Camprubí, quien le insta así a Zubiaurre: “Escribe pronto otra vez” (28 enero 1940). En otros momentos, Camprubí se disculpa por tardar en responder, ofreciéndole explicaciones a Zubiaurre: “Perdona el retraso de ésta. Hemos pasado un gripazo tremendo, del que J. R. aún no ha salido” (27 diciembre 1943). Este tipo de comentarios muestra el interés de la autora por solucionar malentendidos con su amiga y continuar manteniendo su relación epistolar.

A pesar de las tensiones o los conflictos que puedan surgir por las tardanzas en escribir o recibir cartas, no cabe duda de que Camprubí y Zubiaurre hallaban consuelo mutuo en los momentos difíciles de sus vidas. Por ejemplo, por una de las cartas de Camprubí conocemos que Zubiaurre le ofrece sus palabras de ánimo cuando muere su hermano: “Tienes mucha razón suponiendo el golpe que ha sido para mí perder a mi hermano José. Yo lo quería tan entrañablemente y él a nosotros que parece que se me ha muerto parte de mí misma” (28 junio 1942). Por otro lado, en diversas cartas Camprubí le relata las enfermedades y muertes de amigas comunes como Susana Huntington, Grace Nichols, Irene Lewisohn y Luisa Sweeney, y también menciona los problemas de salud de su marido y su propio cáncer:

Ya sé que sabes lo gravísimo que estuvo J. R., cómo yo anduve como un alma en pena de la Ceca a la Meca, buscando su curación, cómo aquí vivíamos con un joven psiquiatra refugiado por 2.^a vez en Puerto Rico (la 1.^a en Colombia) y cómo cuando ya se divisaba que lo de J. R. se resolvería perfectamente, de buenas a primeras, de improviso cayó el golpe sobre mí. Salí volando para el Massachusetts General Hospital de Boston al día siguiente de cumplir J. R. sus 70 años, me operaron felizmente. (11 octubre 1953)

Es muy posible que la escritura de estas circunstancias dolorosas le sirviera de consuelo a Camprubí. Así, algunas de sus cartas podrían considerarse como una forma de “escriptoterapia”. Como indica Henke, al escribir sobre una experiencia traumática se genera una narrativa curativa porque se ofrece la

posibilidad de reinventar el yo, reconstruir el sujeto y adoptar una posición de agencia psicológica (XV-XVI).

A pesar de que la correspondencia epistolar realice una función terapéutica en el exilio y sirva para disminuir la distancia entre los corresponsales, también puede acentuar su separación. Montefiore conecta esta consecuencia paradójica de la carta con el hecho de que genera la presencia-en-ausencia del otro (105), lo que Stanley denomina “simulacro de presencia” (208). Violi expresa lúcidamente este doble efecto: “La carta evoca la presencia del otro y al mismo tiempo lo coloca en un lugar que es, por definición, inalcanzable” (96). Es decir, la existencia de la carta misma demuestra la distancia geográfica entre los corresponsales, por lo que, a pesar de ser un medio de comunicación positivo, resulta insuficiente y no logra hacer desaparecer el dolor del exilio. En una carta a Guerrero Ruiz fechada el 24 de octubre de 1943, Camprubí expresa claramente esta idea: “La verdad es que me costaba mucho trabajo escribirles porque las dos palabras que nos bastarían habladas tienen que multiplicarse en una carta que, dadas las circunstancias, no explican todo lo que uno quisiera” (2006b, 382-83).

En la correspondencia con Zubiaurre, la limitación del género epistolar se manifiesta en las numerosas ocasiones en que Camprubí expresa su deseo de visitarla en México, un proyecto que no llegó a realizar nunca debido a la oposición de Juan Ramón a la altura del país y al viaje en barco o en avión. Curiosamente, la primera y la última carta que envía a Zubiaurre durante el exilio hacen referencia a sus ganas de reencontrarse en México, adquiriendo así su correspondencia epistolar una estructura circular. El 29 de octubre de 1938 Camprubí escribe: “Ojalá pudiera hacerlos una visita por aquellos preciosos países, pero la altura es imposible para J. R.”. Unos años más tarde reitera este deseo: “Como aquí todo el mundo está loco por México, todos los días veo fotos o películas de ese espléndido país o escucho alguna descripción admirativa. Mucho me pesa no poder ir yo misma y enterarme directamente” (27 diciembre 1943). En la última de sus cartas conservadas, escrita el 1 de mayo de 1954, se revela que Zubiaurre también quiere que Camprubí y su marido vayan a México: “Gracias por tus descripciones de los lugares más bajos de México en donde pudiéramos vivir”. Al final de la misiva Camprubí manifiesta de nuevo el anhelo de ver a su amiga: “Cuando vivía en Maryland, siempre me hacía la ilusión de que cualquier día pisaría yo fuerte el pedal de la gasolina y no pararíamos hasta encontrarnos en Méjico, pero desde aquí me parece más complicado, sobre todo porque J. R. no vuela por nada del mundo” (1 mayo 1954).

Al igual que su incumplido viaje a México, Camprubí tampoco pudo ver realizado su sueño de regresar a España. Aunque en su diario expresa sus reticencias a aspectos de la sociedad española, también manifiesta su deseo de retornar a vivir allí: “No me gusta España por su ambiente clerical asfixiante, pero no me importaría nada vivir en Mallorca, en donde hay bastantes extranjeros, para no chocar con mi falta de ortodoxia. A J. R. este plan no le seduce y opta por la Argentina” (2006a III, 51). En una carta a Zubiaurre, Camprubí muestra que es de nuevo su esposo quien se opone al viaje: “J. R. se ha cerrado del todo a la vuelta a España. No quiere verme hacer cálculos ni de las Baleares que, como no conoce, no sabe lo paradisíacas que son” (1 mayo 1954). Camprubí quería volver a España para que Jiménez estuviera atendido por su familia en caso de que ella muriera. Ante la negativa de éste por motivos políticos, pensó en viajar sola, pero el avanzado estado de su enfermedad se lo impidió. Aunque la principal motivación para regresar a España parece ser el cuidado y la salud de Jiménez, también buscaba con ello retornar a sus raíces y cerrar circularmente su ciclo vital. Así lo enuncia en una carta a Camilo José Cela: “Conozco a [sic] Mallorca y muchas veces pensé que era un lugar ideal para terminar nuestros días como para comenzarlos” (Campoamor González 161). El regreso a España y el viaje a México se convirtieron en dos ilusiones incumplidas de Camprubí, dos sueños irrealizados que demuestran que ella también padeció la nostalgia típica del exiliado.

En cambio, Zubiaurre visitó España en diversas ocasiones y se hallaba precisamente allí en 1956, durante los últimos meses de vida de Camprubí. Zubiaurre homenajeó a su amiga en un artículo que, bajo el título de “Evo-cación”, publicó en 1958 en *Euzko Deya*. En dicho artículo, recuerda el momento de su primer encuentro –la “sonrisa luminosa” y la “voz musical, alegre y retozona” de Camprubí (207)– y resalta su dedicación a Jiménez: “Hasta los últimos momentos de su vida cumplió su misión de generosidad y amor” (209). Así terminó una larga amistad de dos mujeres intelectuales que, a pesar de no verse en persona durante casi veinte años, se mantuvieron en contacto epistolar desde sus múltiples lugares de residencia hasta que la muerte las separó. La correspondencia por carta les sirvió para estar informadas de sus vidas y de las de sus amigos, para pedir favores, ayudarse mutuamente y auxiliar a otros exiliados, y para sentirse más acompañadas en el largo camino del exilio. Las funciones informativa y auxiliadora que realizan las cartas que Camprubí mandó a Zubiaurre contienen también un componente terapéutico, ya que el saber noticias de seres queridos confiere a la persona exiliada

un sentido de pertenencia a una comunidad, mientras que el ayudar a los compañeros exiliados genera una sensación de satisfacción, validez y realización personal. Además, el hallarse en contacto continuado con Zubiaurre resultaba terapéutico para Camprubí porque le permitió mantener una unión con España y su pasado, sentirse apreciada, valorada y querida por una amiga, y compartir por escrito sus tristezas y momentos dolorosos, reflexionando terapéuticamente sobre su propia vida. En definitiva, las cartas le posibilitaron continuar charlando con una amiga que se hallaba lejos. Más allá del aspecto individual, estas cartas revelan el importante y silencioso papel que realizaron las mujeres en el exilio como mantenedoras de la cultura republicana, transmisoras transnacionales de información y ayudantes de otros exiliados.

Notas

1. A pesar de que a Zenobia se la conoce y se la cita mayormente por su nombre de pila debido a la singularidad y sonoridad del mismo –de manera parecida a su esposo, a quien los críticos llaman “Juan Ramón”–, a lo largo de este ensayo me referiré a ella por su apellido por ser ésta la práctica común para mencionar a personas conocidas. Esta decisión se debe a la necesidad de valorar su producción intelectual más allá de sus rasgos personales y la necesidad de equiparar el tratamiento de las escritoras, muchas veces mencionadas por su nombre de pila, con sus homólogos masculinos. Es cierto que en ocasiones se utiliza el nombre de pila para referirse a escritores famosos como señal de respeto –don Benito [Pérez Galdós]– o muestra de personalismo literario –don Ramón [Gómez de la Serna]–, pero estos motivos raramente se aplican en el caso de las mujeres escritoras.
2. En concreto, Carmen Monné indica lo siguiente sobre Camprubí en su carta del 16 de agosto de 1914: “¡Verás si algún día no se burlaba Zenobia de mí, pero tiene una burla que hace gracia! Ésa sí que mete en práctica la alegría de vivir. Como la vi tan delgada la última vez, me atreví en mi carta a hablarle de ciertos ejercicios que hacen en los Estados Unidos y que ella debe de conocer y la dije [sic] que para ella vendrían muy bien...”. Por esas fechas, Juan Ramón Jiménez menciona a Zubiaurre en varias cartas que dirige a María Martos de Baeza para que le ayude en la conquista de Camprubí: “En cuanto a lo que me

- propone usted de llevarla [a Camprubí] al Museo, o Casa de Pilar, a la Castellana, déjelo también” (1962, 137). Sin lugar a dudas, Zubiaurre fue testigo del comienzo de la relación amorosa de Camprubí con el poeta mogueño.
3. Cuando Camprubí vivía en Estados Unidos a principios del siglo XX, Huntington le encargó que escribiese un trabajo sobre Cristóbal Colón y los lugares colombinos (Sody de Rivas 47). Posteriormente, Camprubí mantuvo un estrecho contacto con los proyectos culturales que promocionaban la cultura española en Estados Unidos, así como con departamentos de estudios hispánicos de varias universidades estadounidenses. Por ejemplo, en los años veinte participó en el comité para la concesión de becas de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) a mujeres jóvenes que iban a estudiar a universidades estadounidenses. Asimismo, a principios de los años treinta se encargó de decorar la Casa de las Españas, dirigida por Federico de Onís de la Universidad de Columbia de Nueva York (Cortés Ibáñez 2010a, 227).
 4. Curiosamente, en una carta dirigida al Lyceum Club, Juan Ramón Jiménez se muestra a favor de la educación de la mujer, pero contrario a que ésta participe de manera activa en el espacio público: “Cuando la mujer sale a la calle pierde su principal centro de acción: la casa, donde influye en el hombre y en el niño. [...] Se pretende que todos, mujer y hombre, hagan lo mismo, y esto es estúpido [...]. Estas cosas suelen estar fomentadas por mujeres hombrunas” (1962, 330).
 5. De los catorce a los dieciséis años, Camprubí publicó varios cuentos en inglés en revistas estadounidenses, mientras que de los veintiuno a los veintitrés dio a la luz dos crónicas y un estudio sobre la pintura de Sorolla (Palau de Nemes 1992, 142). Posteriormente destacó como traductora de la obra de Tagore junto a Jiménez. Sobre esta última labor, González Ródenas señala que es posible considerar el trabajo de Camprubí en la obra de su esposo como un tipo de traducción: “Se podría decir que Zenobia traduce incansablemente *por*, *para* y también *a* Juan Ramón. Si me permiten la licencia, diría que es Juan Ramón, y no Tagore, el poeta más traducido por Zenobia” (250).
 6. Camprubí regentó una tienda de artesanía en Madrid llamada Arte Popular Español, mientras que Zubiaurre cultivó las artes decorativas forjando metales junto a Carmen Baroja. Durante su exilio en México, parece que Zubiaurre pretendió crear un negocio de artesanía española, como se des-

- prende de la siguiente carta de Camprubí: “Te contesto enseguida, como pides, en cuanto al asunto de objetos de Lagartera. Aquí no tengo más que algunos tapetes de mi uso particular porque dejé ese asunto al salir de España. Me parece muy bien que lo intentes y creo que lo más directo es que tu amiga vaya a Lagartera directamente” (2 julio, sin año).
7. Entre las críticas a la partida del matrimonio Jiménez de España destaca la de Constanza de la Mora, quien enfatiza su abandono a la causa republicana: “We considered it something of a desertion. Spain needed her poets. Zenobia might have been useful. She was needed. And yet Zenobia and her husband, like many Spanish intellectuals who thought themselves too delicate and too sensitive to stand the horrors of war, had gone abroad” (268). Precisamente, cuando Jiménez fue en una ocasión a leer cuentos a los niños refugiados, padeció la intromisión de un miliciano, que le tomó por sublevado debido a su cuidada apariencia física (Champourcin 64). En una carta desde Washington, Jiménez confirma que se fueron de España para poder mantener su independencia: “Nos fuimos con mucha pena, pero era necesario, ya que yo no quise afiliarme a ninguna agrupación y quería seguir libre” (1962, 355).
 8. Anteriormente, en el primer volumen de sus diarios, Camprubí menciona a Zubiaurre en diversas ocasiones; por ejemplo, en la entrada del 13 de abril de 1937, anota que le ha enviado una carta (2006a I, 26), mientras que el 14 de septiembre de 1938 escribe que Susan Vernon le comunica que la familia de Zubiaurre va a pasar por Nueva York antes de irse a México (2006a I, 266).
 9. Zubiaurre también mantuvo una amplia correspondencia desde su juventud hasta el mismo año de su muerte en 1970. Si en los años diez y veinte se carteaba con personalidades de la cultura como Ortega y Gasset, Gabriel Miró, Azorín y Concha Méndez, durante su largo exilio recibió cartas sobre todo de sus amigas, muchas de las cuales, además de Camprubí, eran intelectuales y/o esposas de importantes personalidades de la cultura, como María Martos de Baeza, esposa del traductor y editor Ricardo Baeza, María Luisa Urgoiti, esposa del doctor Guillermo Angulo, Margarita Salinas, esposa del poeta Pedro Salinas, y Clemencia Miró, hija del escritor Gabriel Miró.
 10. Como ejemplo de la numerosa correspondencia que mantenía Camprubí, en su diario indica que el 24 de diciembre de 1938 mandó por correo 54 tarjetas de Navidad (2006a I, 319).

11. Camprubí escribe a Guerrero Ruiz indicándole que ha pedido a Zubiaurre que le mande a España lo que se publique en México sobre los exiliados republicanos (2006b, 159). En una carta a Champourcin fechada el 28 de abril de 1956, Camprubí también alude a Zubiaurre: “Ya sé que Pilar anda con su marido por España” (Champourcin 112).
12. En diversas secciones de *Guerra en España*, como “El español perdido” y “Patria y patria”, Juan Ramón Jiménez expresa el dolor del exiliado: “En España los extranjeros [sic] me parecían extranjeros [sic] y a veces interesantes; aquí no me parecen hombres, ni siquiera interesantes animales” (1985, 65).
13. Al incluir varias líneas de saludo, Juan Ramón Jiménez provocaba en ocasiones el retraso del envío de las cartas de su esposa. Camprubí lo indica en la entrada del 22 de mayo de 1954 de su diario: “No hay momento oportuno para leerle [a J. R.] cosas importantes de nuestra correspondencia, y no se le quita la ya inveterada costumbre de detener mis cartas indefinidamente para añadirles dos palabras. Eso me da coraje, sobre todo porque despacha volando cosas sin el menor interés” (2006a III, 52). Quizás por este motivo y por el declive de salud de Juan Ramón, Camprubí no incluye sus letras en las últimas cartas que envía a Zubiaurre.
14. Camprubí no sólo solicitaba favores durante su exilio, ya que antes de la Guerra Civil también utilizaba sus cartas con el mismo fin. Al respecto resultan significativas las misivas que envió al poeta Rabindranath Tagore, en las que le pide que le envíe los trajes que se utilizaron para representar su obra *El cartero del rey*, así como varios de sus libros y elementos del decorado como una lámpara y un gong (Cortés Ibáñez 2010b, 276-77).
15. Las cartas que Camprubí mandó a Zubiaurre durante 1937 expresan su preocupación por los niños que acogieron al comienzo de la guerra y resultan bastante similares a las que mandó entonces a Guerrero Ruiz. En una de ellas, le pide a Zubiaurre que le indique lo que los niños necesitan: “Danos todos los consejos que quieras porque van a buen recaudo: Inés Muñoz habla 3 y 4 veces por semana y la pobre se quitaría la ropa de encima para mandarla. Así que si se te ocurre algo que haga mucha falta, pídelo para que se pida” (30 mayo 1937).
16. En 1950 Champourcin logró un puesto de traductora en Washington gracias a Camprubí (Champourcin 99).

17. A pesar de las similitudes, existen también claras diferencias entre las cartas y los diálogos, como el hecho de que en las primeras se utiliza un medio escrito, el tiempo y el espacio del remitente no coinciden con los del destinatario, y los gestos corporales y faciales no se transmiten en la comunicación. Al respecto, Pedro Salinas enfatiza el poder de la palabra escrita: “Cartearse –la hermosa palabra castellana– no es hablarse” (228). Salinas también considera que las cartas posibilitan la expresión de una sinceridad mayor que la charla en persona (229-31).
18. Camprubí solía interrumpir la escritura de sus cartas, ya desde su juventud, como se aprecia en el siguiente extracto de una carta enviada a Jiménez en 1914: “En este crítico momento llegó mamá y se suspendió la carta” (Camprubí/Jiménez 52). Lo mismo sucede en las misivas que envió a Guerrero Ruiz en el exilio, como la escrita el 5 de enero de 1941: “Esta carta, muy en contra de mi voluntad, quedó interrumpida el viernes antepasado y, con el aumento de trabajo en la Universidad, no he podido terminarla hasta hoy domingo” (2006b, 303). Cortés Ibáñez explica este fenómeno por la longitud de las cartas (2006, XXXII).

Obras citadas

- Altman, Janet Gurkin. *Epistolarity: Approaches to a Form*. Columbus: Ohio State UP, 1982.
- Bou, Enric. “Defensa de la voz epistolar: variedad y registro en las cartas de Pedro Salinas”. *Monteagudo* 3 (1998): 37-60.
- Caballé, Anna. “‘Pasé la mañana escribiendo’: el diario de Zenobia Camprubí (1937-1956)”. *Rilce* 28.1 (2012): 57-73.
- Campoamor González, Antonio. “La relación epistolar entre Zenobia Camprubí y Camilo José Cela”. *Letras de Deusto* 35 (2005): 149-63.
- Camprubí, Zenobia. *Diario*. Trad. y ed. Graciela Palau de Nemes. 3 vols. Madrid: Alianza Editorial/Río Piedras: U. de Puerto Rico, 2006a.
- Camprubí, Zenobia. *Epistolario, I: Cartas a Juan Guerrero Ruiz*. Ed. Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006b.
- Camprubí, Zenobia, y Graciela Palau de Nemes. *Epistolario, 1948-1956*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2009.

- Camprubí, Zenobia, y Juan Ramón Jiménez. *Monumento de amor: cartas de Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez*. Ed. Ricardo Gullón. San Juan: Ediciones de La Torre, 1959.
- Corrado, Danielle. “L'impossible retour de Zenobia Camprubí”. *L'Emigration: le retour*. Ed. Rose Duroux y Alain Montandon. Clermont-Ferrand: U. Blaise-Pascal, 1999. 533-42.
- Cortés Ibáñez, Emilia. “Nota a la edición”. *Zenobia Camprubí. Epistolario, I: Cartas a Juan Guerrero Ruiz*. Ed. Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006. XXVII-XLI.
- Cortés Ibáñez, Emilia. “Cartas de Zenobia a Juan Guerrero: una aproximación”. *Mujer y escritura autobiográfica: Zenobia Camprubí*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 2008. 85-109.
- Cortés Ibáñez, Emilia. “Zenobia Camprubí y la Junta para Ampliación de Estudios”. *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Sevilla: U. Internacional de Andalucía, 2010a. 210-38.
- Cortés Ibáñez, Emilia. “El Epistolario, espejo de la intrahistoria”. *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Sevilla: U. Internacional de Andalucía, 2010b. 265-90.
- Champourcin, Ernestina de. *La ardilla y la rosa: Juan Ramón en mi memoria*. Huelva: Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1996.
- Earle, Rebecca. “Introduction: Letters, Writers and the Historian”. *Epistolary Selves: Letters and Letter-Writers, 1600-1945*. Ed. Rebecca Earle. Aldershot: Ashgate, 1999. 1-12.
- Gerber, David A. *Authors of Their Lives: The Personal Correspondence of British Immigrants to North America in the Nineteenth Century*. New York: New York UP, 2006.
- González Ródenas, Soledad. “Zenobia, traductora”. *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Sevilla: U. Internacional de Andalucía, 2010. 239-64.
- Guillén, Claudio. “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”. *Revista de Occidente* 197 (1997): 76-98.
- Henke, Suzette A. *Shattered Subjects: Trauma and Testimony in Women's Life-Writing*. New York: St. Martin's Press, 1998.
- Jiménez, Juan Ramón. *Cartas: primera selección*. Ed. Francisco Garfias. Madrid: Aguilar, 1962.

- Jiménez, Juan Ramón. *Guerra en España (1936-1953)*. Ed. Ángel Crespo. Barcelona: Seix Barral, 1985.
- Jolly, Margaretta. *In Love and Struggle: Letters in Contemporary Feminism*. New York: Columbia UP, 2007.
- Kenyon, Olga. "Introduction". *800 Years of Women's Letters*. Ed. Olga Kenyon. Boston: Faber and Faber, 1993. IX-XVIII.
- Mañá Delgado, Gemma, Rafael García Heredero, Luis Monferrer Catalán y Luis A. Esteve Juárez. *La voz de los naufragos: la narrativa republicana entre 1936 y 1939*. Madrid: Ediciones de la Torre, 1997.
- Melián Pérez, Elvira. "Memorias de la penumbra: Carmen Baroja, Zenobia Camprubí y Elena Fortún, mujeres en la penumbra del 98". *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 57 (2005): 19-38.
- Milne, Esther. *Letters, Postcards, Email: Technologies of Presence*. New York: Routledge, 2010.
- Montefiore, Jan. "Introduction 1. Dear reader: definitions of the epistolary self". *Journal of European Studies* 32 (2002): 97-106.
- Mora, Constanca de la. *In Place of Splendor: The Autobiography of a Spanish Woman*. New York: Harcourt, Brace and Company, 1939.
- Pagés-Rangel, Roxana. *Del dominio público: itinerarios de la carta privada*. Amsterdam: Rodopi, 1997.
- Palau de Nemes, Graciela. "De Zenobia y Juan Ramón, los últimos años: cartas (1951-1956)". *Cuadernos Hispanoamericanos* 376-378 (1981): 44-63.
- Palau de Nemes, Graciela. "La Guerra Civil en el *Diario* de una exiliada: Zenobia Camprubí de Jiménez". *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Ed. Antonio Vilanova. Vol. 3. Barcelona: PPU, 1992. 141-48.
- Saiz Viadero, José Ramón. "Zenobia Camprubí y las republicanas en el exilio". *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*. Ed. Emilia Cortés Ibáñez. Sevilla: U. Internacional de Andalucía, 2010. 307-28.
- Salinas, Pedro. "Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar". *Ensayos completos*. Ed. Solita Salinas de Marichal. Vol. 2. Madrid: Taurus, 1981. 220-93.
- Sody de Rivas, Ángel. *Biografía de Zenobia Camprubí: la musa de Juan Ramón Jiménez*. Bilbao: Ediciones Beta III Milenio, 2009.
- Stanley, Liz. "The Epistolarium: On Theorizing Letters and Correspondences". *Auto/Biography* 12 (2004): 201-35.

Stanton, Domna C. "Autogynography: Is the Subject Different? ". *The Female Autograph: Theory and Practice of Autobiography from the Tenth to the Twentieth Century*. Ed. Domna C. Stanton. Chicago: U. of Chicago Press, 1984. 3-20.

Violi, Patrizia. "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar". *Revista de Occidente* 68 (1987): 87-99.

Zubiaurre, Pilar de. *Evocaciones: artículos y diario (1909-1958)*. Ed. Iker González-Allende. San Sebastián: Saturrarán, 2009.